

sos de Dupin, Marechall, Berthelin, Castagny, etc., escribía al Barón de Pont que estaba indignado contra los altos funcionarios franceses "que permiten y autorizan el robo y el pillaje," y que en el Memorandum que escribió en Querétaro manifiesta que "Los franceses continúan robando y arruinando el país," es verdaderamente inexplicable. No sé cómo el Sr. Blasio al tratar de este espinoso asunto, puede decir con tanto aplomo: "Maximiliano era demasiado bondadoso," porque al saber las ejecuciones de Arteaga y sus nobles compañeros, ordenó que en lo sucesivo, siempre que se tratara de *algún jefe de importancia*, se le consultara antes de efectuar la ejecución. Fusilar á los que defendían á su Patria, contra los que, según su misma confesión, la arruinaban y robaban, y reservarse el indultar á algún caudillo popular ó respetable, para aparentar generosidad, sería todo lo que se quiera, menos muestra de bondad.

Por lo demás, aunque el autor no lo refiera, es curioso saber que ese famoso decreto, no sólo irritó á los liberales, sino que disgustó á la Corte de las Tullerías y á los conservadores, por el manifiesto con que se promulgó, en el cual el príncipe, siempre vacilante, empezaba diciendo: "Mexicanos: La causa sostenida con tanto valor y constancia por Don Benito Juárez....." Era un elogio que hería á Napoleón y á las *viejas pelucas*.

Pero el rasgo de carácter que más re-

resalta es el que se consigna en estas palabras del Sr. Blasio: "La gran ilustración del Emperador, era poder hablar con Juárez, atraerlo á su causa, hacerlo su primer ministro, y ayudado por él y ya libres de la intervención francesa, gobernar sabiamente el Imperio é inaugurar una era de paz, de progreso y de bienestar en todo el país." (pág. 161)

Era extraña esa obstinación en atraerse al representante de la legalidad, cuando debía ya conocer su energía indomable y cuando terminantemente le había contestado á su primera insinuación hecha al llegar al país: "Es cierto, señor, que la Historia contemporánea registra el nombre de grandes traidores que han violado sus juramentos y sus promesas; que han faltado á su propio partido, á sus antecedentes y á todo lo que hay de sagrado para el hombre honrado.....pero el encargado actualmente de la Presidencia de la República, salido de las masas oscuras del pueblo, sucumbirá [si en los juicios de la Providencia está determinado que sucumba] cumpliendo con su juramento, correspondiendo á las esperanzas de la Nación que preside, y satisfaciendo las inspiraciones de su conciencia."

Sin embargo, el Archiduque que sentía "la nostalgia de la corona y de la gloria," habría de buena gana deseado ser llamado por el pueblo mexicano sin presión de tropas francesas; habría deseado que el Presidente de la

República le hubiese cedido sus derechos; habría deseado ser aclamado y no necesitar del sostén extranjero; habría deseado también no tener dificultades y gobernar tranquila y felizmente; habría deseado hacer la felicidad de México siendo en todo caso su Emperador; habría deseado, en fin, ser llamado en vista de tan brillante éxito por los liberales de Austria, y colocado en el trono de aquel vasto Imperio!

Esto me hace recordar el consejo de cierto padre norteamericano al despedir á su hijo: "ve y haz dinero honradamente, si es posible; pero haz dinero."

Natural era que al Emperador le molestase la tutela del Mariscal Bazaine, pero ella era la consecuencia lógica del Tratado de Miramar: si Napoleón III había erigido el trono y lo había sentado en éste contra la voluntad del partido republicano, necesariamente que habría de pretender imponer su política y era necesario un gran candor para no haberlo advertido desde un principio. En todos los países y en todos los tiempos los que tienen la fuerza son quienes mandan. Sin embargo de las amargas quejas contra la Intervención y sus agentes, Maximiliano no dejó un momento de instar porque se prolongase á pesar de considerarla tan ominosa é inconveniente, y á ese fin se repitieron las gestiones por Hidalgo, por Almonte y por la misma Emperatriz, ofreciendo, por tal de conseguirlo, todo género de concesiones, por duras y humillantes que fueran, como lo com-

prueba sin linaje de duda el memorandum que Carlota presentó al Emperador de los franceses. En el partido conservador se reflejó el mismo sentimiento, y es curioso notar las inconsecuencias políticas: cuando venían los franceses, todos se jactaban de que con su ayuda consolidarían un gobierno estable y serían invencibles, y después, cuando se iban, no obstante sus instancias, ruegos y promesas, entonces declaraban que sin ellos organizarían mejor un gobierno nacional. En 1862 habían dicho por boca del General Almonte, uno de sus corifeos: "no venimos atendidos á las fuerzas del país, *que de nada nos servirían*; por eso traemos bayonetas francesas" y en 1864 por el Ilmo Sr. Labastida: "no olvidemos que á la magnánima y generosa Francia, que nos ha cubierto con su glorioso pabellón, debemos el haber alcanzado la dicha de constituir un gobierno nacional....." Al revés, en 1867, otro prominente político, el Señor Arango y Escandón, los despedía diciéndoles: "Idos, nada importa," mientras que el General Miramón declaraba "que cuando se marcharon del país los franceses, juzgó que el Imperio podría sostenerse mejor que con ellos."

También el señor Blasio se hace eco de la opinión vulgar de que la política liberal seguida por el príncipe, y el haberse rodeado de moderados, fué lo que ocasionó su ruina; pues nos dice textualmente:.....«comenzaron muy pronto las dificultades y comenzó también

á cundir el descontento entre los miembros del partido conservador, pues el propio Emperador, sin desconocer que entre los conservadores había hombres de talento reconocido y reconocido valer, no dejaba de llamarles en francés «Vieilles perruques» y de preferir á los liberales, pues reconocía en éstos á los hombres del progreso y del porvenir. Así sucedió que poco á poco fué haciendo á un lado á los mismos que lo habían traído al poder, y se fué á la vez rodeando de hombres, que por sus ideas avanzadas y antimonárquicas, no podían ser sino sus enemigos. (115)

Fuera de que Maximiliano gustaba de las ideas liberales, lo cierto es que aunque hubiera sido enteramente reaccionario, no habría podido gobernar de otro modo, por la sencilla razón de que así se le había ordenado por el único que podía dar órdenes. Napoleón III había declarado al General Almon-te, que mientras su ejército permaneciese en México, no se deshonraría la bandera francesa apoyando una ciega reacción, y de acuerdo con tal declaración, Forey había dado el escándalo de los pagarés de los adjudicatarios de bienes de manos muertas. Sabían, pues, los conservadores, cuál era la política que debía dominar. Después, Napoleón III le impone á Maximiliano en los artículos adicionales y secretos del Tratado de Miramar, la obligación de respetar ciertas leyes de Reforma, y ella es refrendada por uno de los conservadores de más confianza en su partido.

Así, pues, era insensato exigir del débil lo que no se habían atrevido á pedir al fuerte. ¿Acaso le impusieron al César francés condiciones para aceptar la Intervención que con tanto ahinco solicitaron?

Esto aparte, no hay razón para hacer el cargo de deslealtad á los moderados que aceptaron formar el Gabinete Imperial: todos sirvieron con la mejor buena fe, no sólo por su honor estimulados, sino por su propio interés: sabían perfectamente que su infidencia para la República jamás les sería perdonada por sus antiguos partidarios, que los consideraban como doblemente traidores á su Patria y á sus ideas políticas. Esos liberales moderados, allegados al Imperio, lejos, pues, de ser sus enemigos, eran sus más firmes sostenedores, porque habían quemado sus naves.

Además, la verdad histórica reclama que se contradiga la idea de que el Imperio no se consolidó por haberse puesto en manos de liberales; porque precisamente el prestigio momentáneo de aquel gobierno, y el contingente inmenso que le llevó la traición que arrebatara tantos combatientes de las filas republicanas, fué debido á la influencia de los moderados, pues hombres como Don José Fernando Ramírez, D. Pedro Escudero, D. José M^a Lacunza, D. J. M. Cortés Esparza, D. Luis Méndez y tantos otros, todos de relevantes méritos personales, ejercían grande y merecida influencia en todo

el país, merced á la cual pudieron quebrantar tantas conciencias. Para vencerse, basta leer la correspondencia del General Uraga y las proclamas de todos los que defecionaron al frente de cuerpos de tropa.

Aún el destierro honroso que se impuso á Miramón y á Márquez, fué debido, en mi concepto, al deseo de evitar serias complicaciones que emanaban del yugo napoleónico; pues habiéndose impuesto muy torpemente en el citado y célebre Tratado, la obligación á los jefes del ejército mexicano, de someterse al jefe francés, aun cuando éste fuera de graduación inferior, se crió con eso un elemento de rivalidad y discordia inextinguible. Y aquí en Guadalajara presenciamos en principios de febrero de 1864, que con motivo de haberse aproximado unas fuerzas liberales, el Coronel Garnier, del 51 de línea, asumió el mando, á pesar de las protestas del General Miramón, que se hallaba al frente de una división, á quien aquél no hizo caso, por lo que tuvo éste que salirse para ir á fortificarse á San Pedro. Después de hechos de esta especie, ¿podían racionalmente permanecer en el país jefes militares tan distinguidos como Miramón y Márquez?

Lo cierto es que el partido conservador carecía de unidad política y de buen criterio para discernir las grandes cuestiones internacionales y aún para escoger á sus hombres. Sólo así se explica la obstinada ceguera en con-

tar con un apoyo extranjero y en pretender, al mismo tiempo, que éste fuese tan desinteresado, que lejos de cobrar siquiera los gastos de su expedición, abriese las cajas de su tesoro para hacer más efectivo su apoyo, y tan abnegado, que venciendo él todas las resistencias, á la hora del triunfo le entregase el poder sin reticencias. Solo así se comprende la designación del Archiduque de Austria para el trono de México, por las afinidades de Felipe IV ó Carlos II á que el Plan de Iguala hacía alguna referencia, y que entre tanto, el Sr. Gutiérrez Estrada, reputado como el más inteligente y más antiguo partidario de la monarquía, aconsejara que se pudiese al frente de los negocios públicos al General Zuloaga, á quien públicamente había ultrajado Miramón, á quien Márquez había desacreditado tanto en su manifiesto y á quien todos consideraban en las fronteras de la imbecilidad. ¡Y no llegaba allí la miopía de Gutiérrez Estrada, sino que aseguraba que desde que Santa Anna había desaparecido, no se encontraba en México un hombre. Por su parte Hidalgo apoyaba al General Almonte que era el personaje de confianza de Napoleon III, á pesar de haber mostrado todos los matices políticos de los partidos, siendo yorquino y jalapista, puro y moderado, republicano exaltado, y despues monarquista intransigente!

Los liberales moderados que sir-

vieron altos puestos en el Imperio no pudieron consolidarlo porque esa era tarea irrealizable en virtud de los gérmenes de disolución que llevaba en su seno; la bancarrota en su sistema financiero; la impopularidad por la importancia de sus enemigos, y por lo exótico de la institución; el antagonismo entre los principios de la Francia y los de Gutiérrez Estrada y Labastida; las complicaciones europeas por el Holstein, la Confederación de la Alemania del Norte y el Luxemburgo; la pugna abierta entre el pueblo francés y su gobierno, y por último la actitud de los Estados Unidos.

Y la prueba de que no estaba la causa del mal donde la señalaba Blasio, es que habiéndose formado un Gabinete ultra conservador en julio de 1866, este «no logró hacer entrar un peso más al erario imperial, ni salvar una plaza, ni obtener una victoria, ni hacer sentir fuerza alguna.»

Volviendo al libro, hallamos la relación de un trágico suceso que nos hace pensar en tanta sangre como se derramó en los patíbulos; en la ferocidad de las Cortes marciales formadas por oficiales ignorantes y muchísimas veces extranjeros que no entendían el idioma español y por consiguiente no podían oír siquiera en defensa á los reos, á quienes enviaban al suplicio ó á la Martinica por los más leves indicios, y en lo difícil que es substraerse á las pasiones personales.

Fué el caso que hecho prisionero el

Coronel D. Carlos García Cano por tropas francesas y bajo la acusación de haberse encontrado entre sus papeles un documento en que se mencionaba un complot para asesinar á los Soberanos, fué condenado á muerte por la Corte marcial. Su joven esposa se arrojó á los piés de Maximiliano suplicándole el perdón; pero él inflexible, hizo que la retiraran y que no se le permitiese la entrada en lo sucesivo. Entonces aquella infeliz señora se situó en el camino que tenía que recorrer el príncipe de Chapultepec á Palacio por la calzada de la Verónica y al llegar éste con su coche á aquel sitio, lejos de oírla, ordenó que retrocediese el carruaje y que á todo galope tomase por la calzada de Arcos de Tacubaya. Al día siguiente García Cano fué pasado por las armas.

Cuando en 1858 Orsini y sus cómplices atentaron real é infamemente contra la vida de Napoleón III y de Eugenia, lanzando tres bombas sobre su carruaje é hiriendo á multitud de personas, y fueron condenados á muerte, el Emperador quería á todo trance indultarlos y fué preciso para que no lo hiciera que su Ministerio, en sesión permanente durante una noche, le amenazara con dimitir. Al comparar esos hechos que presentan cierta semejanza huelgan los comentarios.

Cuenta Blasio los incidentes bien conocidos de la partida de la Emperatriz á Europa en julio de 1866 con

el fin de instar ella misma á Napoleón III para que dejase todavía por más tiempo sus tropas en México, y nos refiere los primeros síntomas de perturbación en aquel cerebro tan bien organizado: cuando en la noche que pasó de camino en Puebla se levantó y fué á visitar la casa deshabitada de Don José M. Esteva sin decir palabra y cuando al embarcarse en un bote en Veracruz para llegar al buque que la había de conducir á San Nazario, se rehusó á hacerlo mientras tuviese bandera francesa, por lo cual fué preciso quitarla y poner en su lugar una mexicana.

Después no vuelve hablar de ella sino hasta cuando la vió en Miramar en donde le exigió le dijese si durante la travesía estaba él seguro de que los pliegos de Maximiliano de que era portador no los habían tocado por las intrigas de Napoleón que era su mortal enemigo; pero nada dice de las entrevistas que tuvo la infeliz princesa con el soberano francés á pesar de ser la parte más interesante de ese doloroso episodio de su vida, tanto porque en ellas por primera vez se mostró ya definida la locura, como por la significación de su anatema. Al ser recibida en el Castillo de Saint Cloud por el Emperador, la Emperatriz y su Corte, según asegura Pierre Lano, manifestó durante la conversación tener sed, por lo cual Napoleón se apresuró á presentarle personalmente un vaso de agua con jarabe, á la vista del cual

y en actitud de rechazar espectros imaginarios exclamó con un acento de terror:—«¡Quieren envenenarme..... quieren envenenarme!» Se la tranquilizó con trabajo y al día siguiente no conservaba ningún recuerdo de esa demencia fugaz; pero pocos días más tarde, cuando á pesar de su resistencia, el César la recibió para oírla, en aquella conferencia tristemente célebre, brotaron los últimos destellos de aquella razón clara y poderosa que tocaba á su ocaso en las nieblas del dolor y del desengaño: fue el postrer relámpago de una luz que se extinguía. Porque no hay que dudarle: la nieta de Luis Felipe en los momentos en que se apagaba para siempre su razón, tuvo la intuición del porvenir; fué una vidente.

Desechadas sus súplicas ante la fría razón del Estado y una vez declarado que la voluntad imperial sería impotente para renovar sus compromisos porque las Cámaras y el pueblo rechazarían su deseo, por lo cual no podría ya ayudar al Imperio Mexicano ni con un soldado, ni con un franco, la infeliz princesa con señales de mortal agonía exclama: “Sire, el Emperador Maximiliano tiene allá enemigos que no perdonan. Solo contra ellos será débil y sucumbirá. Yo he venido hacia vos para salvarlo, por lo cual espera mi regreso con una afectuosa impaciencia, en la ansiedad del condenado á muerte que cuenta las horas que le restan de vida. Sire,

vos amáis y es imposible que el recuerdo de vuestra dicha os deje indiferente ante las afecciones de los otros. Yo os pido gracia para él y para mí. Os pido que no permitáis que se le sacrifique al orgullo de un pueblo rebelado, y de la misma mano que tantas veces concede la vida á los criminales, espero la vida de un hombre honrado, la vida del Emperador Maximiliano”.

Y ante aquella previsión de la mujer que ama, su interlocutor, sin comprenderla, se limita á contestarle: «Parecería, señora, por vuestras palabras que vuestro esposo correría algún peligro.» Pero cuando perdió aquella mujer el último rayo de esperanza, entonces, cual una profetiza que anuncia las venganzas del cielo, se yergue y amenazadora le dice: «Sire, se dice que sois bueno y es mentira! Sire, se dice que sois un soberano magnánimo, y es mentira! Sire, se dice que sois glorioso y también es mentira! Sois Sire, un hombre malvado. Sois un amo sin autoridad. Sois un jefe sin ideales. Sois la Fatalidad y nosotros somos vuestras víctimas. Vos creais el mal y permitís que el mal se realice; pero el mal se volverá hacia su origen, os herirá á vuestro turno y no iréis más adelante. Vos os desplomaréis con vuestro trono bajo el golpe certero de un destino que no conocéis.»

Hay en todas esas frases como un eco de la voz de Isaías y no sabemos

si considerarlas como la última expresión de una inteligencia privilegiada ó como la primera muestra de demencia.

Después extendió sus brazos con ademán de mando y exclamó: atrás! añadiendo en seguida: «Sire, soy ahora yo quien os dice que no espero ya nada de vos. («L'Empereur» pág. 143),

Fácil era conocer el destino del trono de México que en esos momentos sufría embestidas por todas partes, si bien nadie pensaba entonces en el fin trágico del Archiduque; pero aquella mujer ordenando al Emperador de Francia que no fuese adelante porque iba á desplomarse, revelaba al mundo entero un secreto de Estado. Parece como que aquella voz marcaba la declinación del poder Napoleónico en los momentos en que se le suponía más fuerte, porque era á la sazón cuando se preparaba á admirar á la Europa entera con el brillo de su inolvidable Exposición Universal, que habría de reunir en París Emperadores y Reyes, artistas, literatos, y viajeros en un torbellino deslumbrador de lujo, de riquezas, de grandeza, y de placeres. Y sin embargo, estaba ya decretado el «hasta aquí» que habría de contener á aquel ambicioso sobrehumano, como se contienen los oleajes embravecidos del mar por una playa de arena. En aquellos mismos instantes de esplendor y de gloria, se levantaban por todos lados nubes

obscuras que empezaban á cubrir el horizonte, como si hubieran obedecido á la airada profetisa de Miramar. El asunto del Luxemburgo muestra la debilidad del gobierno; mientras el fusil de aguja inquieta tanto al ejército, la cuestión romana divide los ánimos; las reuniones socialistas turban la tranquilidad y otros mil y mil pequeños obstáculos marcan por todas partes la declinación ineludible del Imperio. La alegría de la brillante Exposición, turbada sin embargo por la noticia del fusilamiento de Maximiliano, y por los conatos regicidas de Bezerowsky, fué sin embargo la última manifestación del poder de Bonaparte.

Cuantas veces en los dolorosos insomnios de Chileshurst, Napoleón, sin corona y sin espada, pensando en el desmoronamiento de su imperio, debe haber recordado la fatal entrevista y contemplado la visión de aquel fantasma amenazador que como Macbeth se empeñaba siempre en limpiar manchas de sangre!

Por lo demás, Napoleón, como Jefe de Estado, no podía contestar de otro modo á las súplicas y á las reerimnaciones de la Emperatriz; pues claro está que ante la oposición del Cuerpo Legislativo y de la Francia entera; ante la necesidad ingente de tener á la mano todos los elementos militares para poder arrojarlos en la balanza en que estaban pesándose tantas complicaciones europeas; ante el

fracaso de sus proyectos en México y ante la guerra que se presentaba en perspectiva con los Estados Unidos, no debió nunca vacilar en retirar su ejército. Pero esto ¿le quita acaso la responsabilidad moral en que incurriera desde el momento en que alhagando la ambición del infortunado Archiduque le ofrece el trono y le promete su ayuda? En el Tratado de Miramar había estipulaciones recíprocas, de tal suerte que si el Emperador de los franceses se obligaba á tener su ejército hasta 1867, el de los mexicanos ofrecía en cambio pagar los gastos de la expedición, lo que no pudo hacer nunca. Pero cuando Bazaine hacía subir á diez y seis millones de francos los *gastos de transporte* de la columna expedicionaria francesa á Michoacán, y por ese estilo se exajeraban otros cobros, habría sido inmoral en todo caso que los hubiese pagado Maximiliano; pero careciendo absolutamente de recursos no había razón para reclamarle tales pagos, mayormente si se considera que en el Tratado de Miramar, Napoleón conocía ya cuales eran los escasos recursos de México, que no le permitirían al Archiduque hacer frente á tales compromisos, mientras que éste no lo sabía.

Esas justas inquietudes quiso Napoleón acallarlas insinuando la necesidad de una abdicación que permitiese á Maximiliano volver á Europa con las tropas francesas y aunque de diferentes modos trató de que

se aceptara esa idea salvadora, ya poniéndola con empeño á Carlota, ordenando á Bazaine que influyese personalmente para que el Archiduque la aceptase y aún enviando expresamente con ese fin al Gral. Castelnau, es lo cierto que se mostró siempre altanero é impolítico.

Fueron terribles aquellos días para el infortunado Archiduque y naturalmente al verse herido en todos sus afectos, en todas sus esperanzas, en todos sus ideales, su carácter vacilante lo impulsó á tomar medidas contradictorias. La enfermedad de su joven esposa, el abandono de su protector, el incremento de sus enemigos, la ruina de su tesoro público y la destrucción de su ejército, todo abatía necesariamente sus escasas energías y así fué como se decidió, sin decir á nadie una palabra, á abdicar y volverse á Europa.

Salió de Chapultepec el 21 de octubre de 1866 y se dirigió á Orizaba desde donde dió ya á conocer sus intenciones tratando de los últimos arreglos de su partida.

Allí fué donde lo encontró el Sr. Blasío que volvía de dejar pliegos importantes á Carlota, así es que nos refiere las intrigas que se pusieron en juego para detener á su soberano y que son muy conocidas. Mas como hay algo y muy notable, recientemente publicado acerca de tales episodios y de los cuales para nada se ocupa el autor, voy á referir algunos y á refutar la opinión

que se manifiesta en el libro de que me ocupo y que es moneda corriente entre nuestros escritores: que el partido conservador fué el culpable de haber retenido en esa vez á Maximiliano impidiéndole que realizara su propósito de abdicación.

El día 25 de noviembre, nos dice, se abrieron las sesiones.....Comenzó la primera presidida por S. M. quien de pié, vestido con mucha sencillez..... dijo que no había querido tomar ninguna resolución definitiva, sin que antes deliberaran sus consejeros y que esa deliberación fuera enteramente independiente del influjo francés.....

Largas y acaloradas fueron las discusiones de los consejeros, y mientras influenciados por Fischer en primer término, discutían y decidían del destino de aquella noble alma, Maximiliano recorrió los campos con el naturalista Billileck y con el Doctor Barh, coleccionando mariposas é insectos y ajeno casi á las decisiones de aquel consejo que, puede decirse, preparaba ya el cadalso de las Campanas. —La mayoría del famoso consejo de Orizaba opinó que el Emperador debía quedarse en el país y regresar inmediatamente á la capital. (pág. 288)

Todo eso es cierto, pero hay algo más que nos prueba que no fué el consejo el que resolvió el cambio operado en la voluntad imperial.

Cuando salió de Chapultepec lle-

vaba una resolución de abdicar tan firme, que bien pudiera tenerse como definitiva, supuesto que había dejado la abdicación en pliego cerrado en manos de Bazaine á quien le ofreció telegrafiarle en el momento en que debiera publicarla; había hecho escoltar el camino hasta Veracruz y había hecho llegar á ese puerto las fragatas austriacas *Elisabeth* y *Dandolo*. Después confirmó su deliberado propósito haciendo embarcar sus equipajes y declarándolo así á todos los que por su posición podían interrogarlo. El Gral. Miramón el 12 de noviembre escribía á México: "He hablado hoy al Emperador á quien he encontrado decidido á dejarnos" y todavía el 19 el Capitán Pierron telegrafió: "Acabo de tener una larga conferencia con el Emperador. Su Majestad no volverá á México, va á dejar el país". Todavía el 20—el mismo día que llegaba á Veracruz la carta de la augusta señora,—telegrafió Maximiliano á Bazaine diciéndole: "Ninguno de los pasos que he dado autoriza que no se crea que tengo intención de abdicar *en favor de* determinado partido. El haber llamado al Consejo de Estado y á los Ministros ha sido precisamente para que unido á ellos se deposite el poder interino en las manos en que deba dejarse cuando llegue la hora de abdicar y mientras el voto de la nación arregla lo demás..... Mi único deseo es nombrar una regencia provisio-

nal.....en fin buscar protección para los imperialistas sin mezclarme en nada de lo demás".

Cierto que los Ministros conservadores, y el Padre Fischer, su secretario, le instaban porque se quedase para lo cual le ofrecían grandes recursos y nuevos apoyos; cierto que Miramón y Márquez, llegados en esos momentos, ponían á su servicio sus espadas y cierto también que Mr. Eloin le escribiera en esos días que importaba que conservase á salvo su prestigio porque en Austria había un partido que cada día tomaba creces y que pretendía elevarlo al trono en lugar de Francisco José, para lo cual era conveniente que no hiciera un papel desairado volviendo á Europa entre los bagajes de los franceses. Pero todo eso estaba ya discutido y desechado hasta el día 19, según lo hace constar el telegrama de Pierron.

Mr. Emile Ollivier es quien por primera vez consigna el hecho de que habiendo tocado á Veracruz el paquebot americano el 20 de noviembre, trajo al afligido príncipe una carta de su madre la Archiduquesa Sofía, carta que en Orizaba debe haber recibido el 21, en la cual le informaba de las malas disposiciones en que á su respecto se encontraba su hermano el Emperador de Austria, que harían que tal vez no le permitiese la vuelta á sus Estados, por lo cual valía más que se enterrase entre los escombros

de su Imperio, que dejarse abatir por la política francesa.

Desde ese instante la idea de abdicación quedó desechada, al menos por lo pronto, y aceptada de antemano la decisión de la junta que para nadie era dudosa, supuestas las personas que la formaban: se mandaron recoger los equipajes ya embarcados y se cambió de rumbo por la centésima vez. Aunque el autor hace alusión á esa carta, no le da todo el valor que parece tuvo.

No era posible que aquel hombre de carácter caballeroso, voluble y sin iniciativa ni penetración, resistiese á tanta y tan desbordante presión.

Grande fué la sorpresa y el disgusto de Castelnau, cuando supo aquel cambio de ideas que tanto contrariaba á Napoleón, así es que trató entonces de influir porque se volviese á la idea de abdicación, y como desconfiase de Bazaine, hizo redactar, con fecha 8 de diciembre, una declaración concebida en estos términos: «Los infrascriptos, después de haber examinado bajo todas sus faces la cuestión mexicana, han decidido hacer constar que no ven más que una solución posible para salvar los intereses que se ventilan: la abdicación del Emperador.....» la cual firmaron él como enviado especial de Napoleón, el mismo Mariscal y el Ministro de Francia.

Armado con ese documento, Castelnau en unión de Danó logró por fin una entrevista con Maximiliano el día

22 en la quinta de Xonaca, cerca de Puebla, y allí, cuando agotados los argumentos en favor de la retirada se añadió que Bazaine pensaba del mismo modo y que no veía salvación sino en ese medio, en apoyo de lo cual se leyó la declaración citada; Maximiliano, sacando un papel de su escritorio, contestó: «He aquí un documento más fresco;» y les mostró un despacho de la víspera, en el cual el jefe francés le decía, que en su concepto bien podría conservar su corona y que él haría esfuerzo por sostenerlo y organizar las tropas mexicanas. Ante la turbación de los representantes de Napoleón, agregó con malicia y complacencia, según la Relación de Castelnau citada por Ollivier: «Parece que no estais habituados á los modos de obrar del Mariscal; en cuanto á mí, estoy acostumbrado á ellos y sé muy bien cuánto se puede fiar en él.»

No fueron, pues, ni las engañosas instancias de los conservadores, como indica el Sr. Blasio, ni la ambición desenfundada de Maximiliano, como pretende el Sr. Bulnes, las que lo retuvieron en mala hora: fué la respetable voz de su madre, que le hacía patente su dignidad herida en el seno mismo de su familia y en los ámbitos de su propia patria, á la vez que las mentidas promesas del Mariscal que le mostraban todo el doblez con que procedían sus antiguos aliados.

Instruido el Emperador de Francia por un telegrama de Castelnau, del

cambio de resolución del Archiduque, ordenó al punto por un cablegrama *ab irato* que también se repatriara la legión extranjera formada de austriacos y belgas, que según el manoseado Tratado de Miramar, debería permanecer un año después de la retirada de los franceses. Por eso dice con justicia Ollivier: "Se violaba ese compromiso. Se le habían quitado al príncipe sus aduanas y ahora se le quitan sus soldados. No se contentaban con abandonarlo, sino que se le espoliaba y se le desarmaba."

Apenas llegado á la Hacienda de la Teja, el 5 de enero de 1847, (aunque ¹⁶ se dice en el libro que el 6) de vuelta de aquel conato de fuga, y cuando lo felicitaban sus Ministros y altos funcionarios, no bien había terminado la comida, cuenta el autor, que llegó al Coronel de la Gendarmería, D. Feliciano Lamadrid, un telegrama urgentísimo en que se le anunciaba que al salir de Cuernavaca las tropas austriacas, había sido asaltada la plaza por los republicanos, que se habían apoderado de ella.

"Los invitados se retiraron profundamente emocionados, preguntándose qué iba á suceder en breve, si á veinte leguas de la capital se presentaban los liberales y se apoderaban de una ciudad."

Se dió permiso á Lamadrid para salir luego en persecución de los asaltantes, y al día siguiente nuevo telegrama anunciando la muerte de aquel

valiente. «Maximiliano no pudo contener su emoción y se humedecieron sus ojos.»

A una demostración tan gráfica de que no podían sostenerse las fuerzas imperialistas, se añadieron instancias ya francas de Bazaine, quien no pudiendo ponerse frente á la política de su amo, declaraba que se había ya convencido de que era imposible el sostenimiento del trono, después de la retirada de la legión extranjera, por lo cual el único medio de salvarse estaba en la tan discutida abdicación.

En cambio de semejante variación por parte del Mariscal, también en el ánimo de su interlocutor se había operado con respecto á su persona, pues lejos de mostrarle el mal concepto que había expresado á Castelnau quince días antes, ahora le llamaba «su mejor amigo en quien tenía depositada toda su confianza.»

Nuevas vacilaciones en aquel soñador y nueva junta de altos funcionarios para examinar el caso. El señor Blasio no refiere la impresión que haya causado en el ánimo de su personaje esta segunda asamblea, ni habla una sola palabra de ella, probablemente por no tener que censurar la indecisión que mostraba, pues como declaró uno de los asistentes (Fonseca) votaba porque la cuestión no se volviera cada mes á discutir!

En esta segunda vez sí creo que Maximiliano deseaba que se pronunciase por la abdicación para que le abriesen